

Hijos

M. Goodman

Cuando puedes parar, no quieres;
cuando quieres parar, no puedes

Luke Davies

Voy a su encuentro y deambulo por las calles de un barrio que me es ajeno. Persigo su sombra entre los soportales de unas viviendas abandonadas. Busco su rostro entre los que se limitan a ver pasar la vida junto a escombros. No los miro, sólo ando. Delante de una casa con rejas hay dos jóvenes que esperan la entrega de la mercancía. No tendrán más de veinte años. Un tipo se dirige hacia mí y me pregunta que si he venido a pillar algo. Para evitarme problemas, le respondo que estoy esperando a alguien y sigo caminando hasta alejarme de él. No hace nada por seguirme.

Al fondo de la calle hay una discusión acalorada entre drogadictos que están con el síndrome de abstinencia. Parecen dos esqueletos sin fuerza, así que prosigo la marcha hasta divisar un solar. Entonces lo veo en cuclillas junto a otro hombre. Han encendido una fogata y tratan de paliar el frío de la noche frotándose las manos a un palmo del fuego. No se miran ni se hablan; él está peor que la última vez que lo vi. Ha perdido mucho peso y dudo si aproximarme o mantenerme a distancia. Observo al compañero y noto que está temblando, a pesar de casi rozar la lumbre y que tampoco hoy la temperatura es gélida. Me armo de coraje y decido acercarme a ellos. Avanzo con cuidado, sorteando los charcos, los desperdicios y las jeringuillas desperdigadas por todo el terreno. No termino de creerme que a estas alturas de siglo sigan produciéndose estas escenas cargadas de drama.

Saludo al llegar a su altura, pero no contestan, tienen la vista fija en la lumbre. No me atrevo a hablar, pues flota en el ambiente un silencio que hace daño a los oídos. Un silencio sepulcral que sólo interrumpe de repente el tubo de escape de una moto o el crepitar de la hoguera a punto de extinguirse. Distraigo el momento contemplando el cielo, que amenaza lluvia en breve. El acompañante se levanta y me pide un cigarrillo.

Saco el paquete y le doy uno, también se lo enciendo. Entonces me dirijo a él, a su colega, y con un gesto le ofrezco otro. Veo sus ojos claros repletos de tristeza. Está mal, flaco y desnutrido, el vivo retrato de un toxicómano. Parece casi un cadáver. En el brazo estirado para coger el pitillo se aprecian marcas de pinchazos. Ni siquiera levanta la mirada, extraviada desde sabe Dios cuándo. Le llamo por su nombre y le pregunto cómo se encuentra. No me reconoce. “¿Quién eres?”, pregunta bajito, como si le faltara energía hasta para vocalizar. Reprimo como puedo el llanto que quiere escapar de mis ojos.

No me salen las palabras. Sólo quiero abrazarle, besarle en sus mejillas desvaídas, contarle de dónde vengo. Sí, Alejandro, vengo del hospital. Me gustaría envolverlo por el hombro y salir los dos de allí para ir a ver a mamá. Ojalá todo volviera a ser como antes, esa época en que los tres formábamos una familia con planes en la cabeza después de la muerte de papá, suceso que agradecemos al Altísimo por liberarnos de aquel monstruo que nos arruinó la vida durante tantos años. Me gustaría decirle —por eso he venido— que mamá está bien, que pronto le darán el alta, que está deseando verle. Porque el doctor Soriano, sí, el de siempre, asegura que la operación ha sido un éxito, aunque tendrá que acostumbrarse a vivir con un solo pecho. Y yo le creo. ¡Ya ves, como si fuera la única mujer con cáncer de mama que sale adelante! Y quisiera contarle también que preguntó por él antes de entrar al quirófano, como pregunta a diario. Él, su niño mimado, al que nunca ha dejado de querer pese a las ausencias.

Estamos solos. El compañero, no sé cuándo, ha desaparecido, probablemente en busca de una dosis. Me pide dinero. Lo siento Alex, no puedo alimentar tu vicio, no puedo facilitar tu perdición. Necesitas salir de este círculo y ojalá supiera cómo ayudarte. Reina el suspense. Se suceden los segundos, tensos, de los que él no es consciente. Insiste en pedirme dinero. “Lo que sea”, suplica bajando la mirada. ¡Alejandro, por Dios!

¿Sabes? Todo se precipitó al poco de irte, hermano, aunque sospecho que ella sabía de su enfermedad hacía tiempo. Las visitas al hospital se sucedieron. Tras el diagnóstico, requirió sesiones de radio y quimioterapia, pero mamá es fuerte, ya lo sabes. Nunca le oí una queja, aunque regresara a casa tras cada una de ellas sin apenas sostenerse. Cuando la veas, sonreirá seguro, te comerá a besos y te contará que la mastectomía ha salido perfecta, que no conserva ningún rencor por no venir a verla antes, que cuidará de ti como de pequeño. Porque, Alex, tú siempre serás su niño mimado.

Se marcha, lo veo alejarse hacia un edificio ruinoso, quizá al encuentro de un camello que le fie alguna dosis. Le llamo y le extiendo un billete de 50 euros. Lo rechaza, como avergonzado. Intuyo que ahora sí me ha reconocido. No hago nada, sólo temblar de rabia e impotencia. Mientras vuelvo al hospital, pienso en mi cobardía, en por qué no le he confesado que desde hace años “mamá te cree en otro país, pero pregunta por ti a diario”.